

Y de repente...

Me espabilé al notar que mis párpados apenas me dejaban ver las líneas del libro, que se me había empezado a deslizar de mis manos, hasta alcanzar una posición de imposible lectura. Era hora de irse a la cuna, y me puse de pie poco menos que de un brinco. Pero mi insaciable sed de noticias, me impedía como siempre, irme a dormir sin echarle siquiera un vistazo a las últimas informaciones de la prensa digital en el ordenador, aunque me juré que sería un vistazo breve. Principios de enero. Afuera, llovía. Y en esas estaba, cuando...

Y de repente, tras haber comprobado que no había novedades en la pelea del absurdamente llamado "pin parental" tan de moda, ni en las extrañas cábalas de la Ministra de Igualdad y sus obsesiones, un pequeño recuadro al final de la página, llamó mi atención. En él informaban que unos médicos chinos habían comunicado la aparición de posibles cuadros de una extraña infección respiratoria con neumonía no convencional en varios pacientes, de origen desconocido, y mal pronóstico, dos de los cuales habrían tenido un rápido y fatal desenlace. El ataque de sueño me desapareció ipso facto y el recuerdo de la epidemia del SARs de 2002, me puso el acelerador mental a tope, y aunque consulté con rapidez otros medios digitales... no encontré referencia alguna al mismo motivo. Decidí desconectar e irme a la cuna. Y de repente, me vi accediendo ya camino del dormitorio al mismo periódico por el móvil, y una vez reencontrada la noticia, decidí reenviársela por wasap a un buen amigo y colega, a pesar de ser ya casi las dos de la madrugada. Le añadí como comentario... "perdona la hora, pero... éramos pocos y parió la abuela. A ver si esto va a traer cola... estate atento y ya lo hablaremos mañana". Actué así, porque hacia las ocho de la tarde, habíamos mantenido una conversación sobre la peligrosidad silenciada de la persistencia de la epidemia de ébola en el Congo, a la que nadie parecía prestarle atención por su lejanía geográfica asociada quizás a cierto menosprecio racial, por aquello de que como afectaba a africanos... A la mañana siguiente, la noticia ya no estaba en el mismo medio digital y, para mi sorpresa, tampoco en los dos días posteriores encontré referencia alguna a la misma. Qué raro...

Y de repente, al tercer día, la llegada de un wasap de mi colega, me dirigía a otro artículo aparecido en un medio internacional, en el que censuraban la postura de imposición de silencio del gobierno Chino a un joven colega, oftalmólogo para mi extrañeza, que había sido la fuente de información de los casos observados por él en su consulta. Hablaban de su posible reclusión, por acusación de alarmismo mal intencionado. Mi curiosidad no hizo más que aumentar al tiempo que mi desconfianza se agigantaba.

Y de repente, a los pocos días había ya abundantes comentarios del tema, aunque todo ello condicionado al parecer por el silencio impuesto por las autoridades chinas. Lagarto, lagarto... mi cabeza bullía, y si bien la lejanía geográfica aconsejaba una cierta tranquilidad, era palmario que estaba pasando algo.

Y de repente, dejé de comer para prestar mayor atención a la noticia, ya en televisión, que hablaba de la existencia de numerosos casos de extrañas neumonías en China, y en la que se informaba de la posible muerte del joven oftalmólogo, afectado por la enfermedad que él había denunciado y de numerosos ancianos.

Y de repente, se informó de la orden de aislamiento de la ciudad de Wuhan, para poner coto a la propagación de la epidemia de neumonías en aquella lejanísima ciudad. Se estaba extendiendo como un reguero de pólvora y ya se hablaba de muy numerosos afectados, con alto índice de letalidad. Parecía proceder de los murciélagos a través del pangolín, por la tradicional ingesta allí de fauna salvaje.

Y de repente, se empezó a hablar con descaro del temor a la extensión internacional de una enfermedad sin tratamiento conocido, que dejaba desiertas las calles chinas, por un confinamiento obligado y forzado manu militari, con numerosísimas víctimas. Ostras, esto ya era otra cosa...

Y de repente, un turista apareció contagiado en la isla de la Gomera. Los compañeros empezaron a hablar de sus temores a la aparición de casos en España, tras otro caso de un turista en Mallorca. Y por primera vez en 42 años de profesión, vi el aislamiento forzoso domiciliario de varios turistas alemanes. La cosa se ponía fea. Era cuestión de tiempo su diseminación. Estaba cantada. En los corros de colegas se palpaba la inquietud... Y Vitoria con su entierro gitano, nos golpeó el rostro.

Y de repente, se empezó a hablar de la desaparición de mascarillas quirúrgicas en hospitales de Valladolid, de Barcelona, de... ¿nos estamos volviendo locos, colega? Robar mascarillas ¿para qué?

Y de repente, se hizo más celebre que la Pantoja, y habitual en todos los medios, la presencia de un colega disfónico, de modesta presencia y amplísimo curriculum profesional, que intentaba desde su aparente sencillez y profunda experiencia, imponer una calma ya ficticia, en medio de una enorme marejada de informaciones que inducían al pánico colectivo. Algo se nos venía encima.

Y de repente, la galerna estaba servida, con un oleaje estremecedor. Y era más que evidente que esto empezaba a ser una especie de locura colectiva, sin control aparente, mientras escuchaba "the sound of silence" de Simón & Garfunkel y a su homónimo español, pero con la melena de su compañero Art, que se desgañitaba en una ya muy fingida e inútil representación diaria ante las cámaras, de tranquilidad y supuesto dominio del tema. Y encima, el mismo se contagió, Virgen Santa.

Y de repente, comprobé que el gobierno español, con una caída de brazos sospechosamente indolente y precompactada, seguía permitiendo el transporte internacional, la celebración de eventos multitudinarios festivaleros, políticos y deportivos, como queriendo imponer una absurda sensación de normalidad, ya claramente teatral, mientras otros países tomaban medidas jamás antes conocidas, ni imaginables en la peor de las pesadillas. Esto se les iba de las manos. Estaba cantado.

Y de repente, comencé a comprobar la insensata, culposa y absoluta falta de previsión de quien debía haber previsto todo desde el principio, y con compañeros cayendo enfermos al verse obligados a atender a los pacientes sin protección alguna. Recibí las quejas y lamentos de compañeros, que me enviaban sus propias fotografías envueltos en supuestos equipos de protección fabricados por ellos mismos con grandes bolsas de basura, y mascarillas hechas por las vecinas más generosas con sus propias máquinas de coser, de retales de antiguas sábanas de lino que un lejano día formaron parte de su ajuar matrimonial... Esto no era una gripe, lo dijera quien lo dijera. Coño, que no era una gripe más.

Y de repente, recordé que cerca de la entrada de la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela, hay una gran lápida en recuerdo y homenaje a los compañeros muertos sin abandonar su puesto de trabajo para hacer frente a la epidemia de gripe de 1918... Y al unísono comencé a recibir noticias de los primeros compañeros fallecidos a consecuencia de este jodío bicho, y del abandono más absoluto de quien debía y tenía la obligación de protegerlos como oro en paño, para poder hacer frente a la enfermedad con los debidos equipos de protección que nunca llegaban. Aparecía en todos una extraña sensación de irrealidad. ¿Seguro que era real lo que estábamos viviendo?. Una tragicomedia total.

Y de repente, noté que mis lágrimas brotaban sin control hasta perderse entre mi bosque de barbas al recibir la noticia del fallecimiento de la joven colega de 28 años, Sara, pobrecita, y de Isabel de 59, y de Fernando de 61, y de... y de... ¿Qué coños estaba pasando? ¿Porqué no se ponía coto a esta barbarie? Y de repente, me senté en la cama de un brinco, tras mi azarosa e inquieta siesta, y me froté los ojos con pasión, e intenté echar fuera de mi la horrible pesadilla soñada. ¿O no lo era?

Y de repente, ¿Yo siesta? Si jamás lo hice...!!! Y me di cuenta de que no, que no había sido una pesadilla, y que después de 50 días encerrado en casa a cal y canto... Uffff... estaba decidido a aprovechar que las autoridades sanitarias, permitían desde el principio de la reclusión, el flaco favor de poder salir al estanco más cercano a comprar tabaco, porque mis reservas ya se agotaban. Y salí.

Y de repente, asumí con desgarradora tristeza e inmenso dolor, que la pesadilla no había sido tal, que no era tal, si no la vida misma, enfrentada desde la más absoluta impotencia, inseguridad y amargura, jamás por mi ni por nadie, imposible de imaginar. Esto no podía estar sucediendo.

Y de repente, fui consciente de que la peor de las pesadillas, era el mundo de Yupi, comparada con la realidad actual. La sensación de fragilidad más canalla, nos laceraba a todos.

Y de repente, soy consciente de que de esta saldremos, tenemos que salir, pero ni imaginar es posible con qué secuelas lo haremos. Y en todo caso, seremos 30, 40 o 50.000 personas menos para celebrarlo.

Y de repente, al salir apesadumbrado y nervioso a por tabaco, mascarilla obliga, vuelvo la cara y veo colgar de mi ventana una gran bandera de España que allí tengo con un gran lazo negro, en el que no caben, es imposible que quepan, ni siquiera las iniciales de los compañeros caídos en la batalla, a los que Dios tendrá para siempre en su gloria, y cuyos nombres, uno a uno, deberían ser esculpidos en una gran lápida de granito, en su honor y homenaje, como héroes que han sido, peleando sin condiciones adecuadas, en la defensa del principal derecho humano de los demás, a riesgo de perder el suyo: El derecho a la vida. Que impotencia Dios, que rabia, que dolor, que injusticia... El sonido de los aplausos me revuelve y me niego a aplaudir, ante el silencio de los corderos camino del matadero.

Y de repente, me indigno, lleno de rabia y de dolor. Porque de esto, como de todo en la vida, se que hay responsables que deberían, cuando menos, pedir disculpas, declarar un gran duelo nacional, dimitir de sus cargos y asumir sus responsabilidades ante quien corresponda.

Y de repente, soy incapaz de seguir escribiendo... las lágrimas no me permiten ver bien lo que escribo.

Fernando Gonçalves Estella, Coordinador del Grupo de Trabajo de Salud Mental. Sociedad Española de Médicos Generales y de Familia, (SEMG)